diador para presentárselas ahora, Vos, que teneis la dicha de contemplar su rostro en la luz de la divina esencia. A favor de vuestros ruegos, dígnese Ella «mostrar su faz resplandeciente» á su siervo, y dejar caer una sonrisa en el presente que le ofrece.

Fiesta de la inmaculada Concepcion, 8 Diciembre de 1883.

LA CIUDAD ANTICRISTIANA EN EL SIGLO XIX.

PRELIMINARES.

La lucha actual entre la Iglesia y la Revolucion.

I. En los actuales momentos «las naciones se estremecen,» y los jefes de los pueblos «meditan proyectos (1)» contra la Iglesia de Jesucristo. Inmenso clamoreo se levanta contra ella en ambos mundos. «No queremos ya que reine en nosotros (2);» no tenemos otra reina que la opinion pública manifestada por medio del sufragio universal (3).

Y los Caifás y Pilatos del mundo entero forman causa al Enviado de Dios. Hoy dia, casi todos los jefes de los Estados, unos por odio, la mayor parte por debilidad y miedo, niegan los derechos de la Iglesia. Y áun muchos parece que le preparan para un porvenir no lejano la persecucion violenta.

Ante esta conjuracion universal de reyes y pueblos, la Iglesia siente que se ha dado el poder á las potestades del abismo (4); y en ella Jesús, como mil ocho-

(1) Ps. II, 1, 2.
(2) Nolumus hunc regnare super nos. (*Luc.* XIX, 14).
(3) Non habemus regem nisi Cæsarem. (*Joan.* XIX, 15).
(4) Hæc est hora vestra et potestas tenebrarum. (*Luc.* XXII, 53).

cientos años há, se retira á Getsemaní para derramar ante Dios sus lágrimas y oraciones por un mundo que delira, y se prepara para ser azotado y coronado con espinas, para subir al Calvario cargado con la cruz y derramar su sangre «por la redencion de muchos (1).»

Origen y extension de esta lucha.

II. La lucha actual entre la Iglesia y la Revolucion no es más que un episodio y una fase de esta gran guerra que, «preparada durante el siglo XVIII, comenzó en 1789 y ha continuado desde entonces con encarnizamiento inaudito en todas las regiones del mundo.»

Se ha proclamado un *derecho nuevo, principios nuevos* y un *nuevo Evangelio*. En nombre de *la naturaleza* y de *la razon,* se ha procurado organizar doquiera un estado social del cual quedase excluído Jesucristo; se ha despojado á la Iglesia, dispersado á las Ordenes religiosas, y transformado en «seminarios de impiedad» las escuelas (2). Esto es un desbordamiento inaudito de las malas doctrinas, y un renacimiento universal de las costumbres paganas. Desde un siglo y medio acá, para servirnos de las palabras de Gregorio XVI, «se ha dado el poder á las potestades del abismo, para zarandear, como trigo, á los hijos de eleccion (3).» Sí, la tierra llora y se muere, sus habitantes la inficionan, porque violaron las leyes, cambiaron el derecho, y rompieron la alianza sempiterna (4). Esto es el triunfo de la maldad desvergonzada, de la ciencia sin pudor y de la licen-

(1) Matth. xx, 28.

(2) Urbibus et castellis ingeruntur pro luce tenebræ, pro melle, vel potius in melle, venenum passim omnibus propinatur, transierunt de gente in gentem et de regno ad populum alterum. Novum cuditur populis et gentibus evangelium, nova proponitur fides, fundamentum aliud ponitur præter id quod positum est. *(S. Bern. cont. Abelard, epist.* 189 *Ap. Labre,* x, 1018).

(3) Luc. xxii, 53.

(4) Is. xxiv, 4, 5.

cia sin freno. La santidad de los misterios sólo mueve á menosprecio; y hombres perversos critican la majestad del culto divino, tan poderosa y necesaria, la profanan y escarnecen. Corrómpese la sana doctrina; y se propaga audazmente toda suerte de errores. Ni los sagrados ritos de la Iglesia, ni sus derechos, ni sus instituciones, finalmente, ni lo más inviolable de su disciplina queda á salvo de los insultos de las lenguas impías. Se arrojan con encarnizamiento contra la Silla de San Pedro, sobre la cual sentó Cristo los cimientos de su Iglesia; y se trabaja en aflojar y romper más y más cada dia los vínculos de la unidad. Atácase la divina autoridad de la Iglesia, arráncanle los derechos, y por razones terrenas la rebajan; y, á fuerza de injusticias, la entregan al odio de los pueblos y la reducen á vergonzosa servidumbre. Se quebranta la obediencia debida á los Obispos, y se pisotean sus derechos. Resuenan horriblemente academias y colegios con nuevas y monstruosas opiniones, que no minan la fe en secreto y con rodeos, antes abiertamente y sin contemplaciones le hacen una guerra espantosa é infernal. Corrompida la juventud con las lecciones y ejemplos de los maestros, los desastres de la Religion y la depravacion de costumbres han traspasado todos los límites. La Religion, única que hace subsistir los reinos y da á la autoridad vigor y fuerza, ha dejado de servir de freno: por esto vemos doquiera la ruina del órden público, la destruccion de la soberanía y la caída de toda autoridad legítima. Este espantoso diluvio de males, es sobre todo el resultado de la conspiracion de esas sociedades, «donde como en inmenso y asqueroso sumidero se ha acumulado lo más sacrílego, blasfemo é infame que jamás abrigaron en su seno las herejías y sectas más criminales (1). Tal es la guerra que se desencadena hoy contra

(1) Encyc. *Mirari vos,* 15 Aug. 1832.

la Iglesia, guerra universal, encarnizada, implacable, á la cual los perseguidores han traído la mayor parte de las veces profunda hipocresía, algunas, extremada violencia, y siempre, odio satánico.

Temores y esperanzas.

III. ¿En qué vendrá á parar esta gigantesca lucha? los enemigos de la Iglesia, desde Voltaire hasta los actuales corifeos de la impiedad, vienen repitiendo á cada paso que «la filosofía,» que «el libre pensamiento,» va á triunfar de la «vieja fe» de Europa. A veces llegaron hasta afirmar que, si la Iglesia saliera vencedora de la lucha actual, se resignarian á confesar su divinidad y hacerse católicos.

Por otra parte, algunos fieles se ponen á temblar. Paréceles que el mundo se ve arrastrado como por un torbellino irresistible hácia una apostasía universal. Con cierta angustia se preguntan si acaso contemplan ya en el dia el preludio de las persecuciones de los últimos tiempos, y si la tormenta revolucionaria es la crisis postrera por la que debe pasar la Iglesia antes de llegar á su consumacion en la gloria y á su descanso eterno en Dios.

Y sin embargo, no es difícil entrever, en el seno de esta tempestad, los primeros rayos de un sol esplendoroso, y divisar á través de las sombras del Calvario la cándida alborada de la resurreccion. Desde José de Maistre, á quien el cardenal Pie llamara un dia «el vidente de Israel,» hasta estos admirables Pontífices que en nuestros dias alumbran á la Iglesia con el brillo de su doctrina, las voces más autorizadas no han cesado de repetir que la persecucion revolucionaria no es la postrera agonía del mundo, sino su rejuvenecimiento, y que lejos de ahogar el Evangelio, lo hará reinar con más poderoso imperio.

En efecto, sobre esta mar movediza de tantos pueblos

en revolucion, se cierne el Espíritu de Dios como en otros dias sobre las aguas de la creacion (1). En el seno del caos engendrado por el espíritu de rebeldía, se ve como empieza á formarse un mundo nuevo. Lo mismo que en el siglo XVI, Dios ha abandonado al espíritu de herejía á muchas naciones, á fin de despertar la fe dormida de los fieles y el celo languideciente de los pastores; por esto en los siglos XVIII y XIX entrega el mundo á las seducciones del racionalismo, para hacer que florezcan de nuevo en el seno de la Iglesia la doctrina y las virtudes de los antiguos dias. Parece, segun los designios de la Providencia, que la tempestad revolucionaria estalla sobre el grande árbol de la Iglesia (2) sólo para hacerle echar raíces más profundas en el seno de los pueblos católicos, y arrojar sus semillas á las naciones sentadas en las tinieblas de la herejía, del cisma y de la infidelidad (3).

Objeto de la obra.

IV. Sin embargo, no es nuestro objeto en el presente escrito dejar sentados los motivos de esperanza de los católicos. Dejando á un lado el porvenir, nos dedicarémos á considerar el presente, y sin preocuparnos por el resultado de la lucha, tratarémos de discernir su carácter.

Además, en vez de abarcar la lucha en su universalidad, la contemplarémos tan sólo en la ciudad perseguidora. No será, pues, nuestra obra un *tratado de las dos Ciudades en el siglo XIX*, sino solamente un estudio de la *Ciudad anticristiana*.

(1) Gen. I, 2.
(2) Matth. XIII, 32.
(3) Surge, Aquilo, et veni, Auster; perfla hortum meum, et fluant aromata illius. (*Cant.* IV, 16).

Division de la obra.

V. En todas las épocas la Ciudad del mundo ha opuesto á la Iglesia *errores* y *ejércitos:* lo mismo sucede en los tiempos modernos.

La Ciudad anticristiana tiene una *doctrina* que opone al Evangelio de Jesucristo: es la doctrina que el Concilio del Vaticano apellidó *racionalismo* ó *naturalismo*, junto con todos los errores que con él se relacionan. En segundo lugar, la Ciudad anticristiana tiene una *jerarquía* que contrapone al sacerdocio católico, un cuerpo de hombres militantes que predican el racionalismo y por él pelean: son las *Sociedades secretas*, comprendidas bajo la denominacion comun de *Masonería*.

El estudio de *la Ciudad anticristiana en el siglo XIX* abrazará, pues, dos partes. En la primera pasaremos revista al conjunto de *los Errores modernos;* y en la segunda procuraremos desenmascarar á *las Sociedades secretas*, ó sea *la Masonería*.

En ambas, sobre todo en la primera, nos apoyaremos constantemente en las Encíclicas pontificias y en los decretos del Concilio del Vaticano.

Fin de la obra.

VI. El fin que nos proponemos es trabajar, segun lo permitan nuestras débiles fuerzas, en dar á conocer «este misterio de iniquidad (1)» que se desarrolla actualmente en el mundo, para cooperar de esta suerte á la restauracion del reinado de Jesucristo. Pues con el grande Apóstol diremos: ES MENESTER QUE REINE CRISTO (2).»

Es menester que los reyes, volviendo á ser sus lugartenientes, lleven su espada en el mundo; y que, abjurando el papel de Pilatos ó de Neron, vuelvan á hacer el

(1) II Thess. II, 7.
(2) Oportet autem illum regnare. *(I Cor.* XV, 25).

de Carlomagno y San Luís. Es menester que los pueblos aclamen el reinado de Cristo y vuelvan á ser cristianos socialmente: *Adveniat regnum tuum!*

¡Oh Jesús, «Rey de los reyes y Señor de los señores (1), dignaos revelaros á vuestros perseguidores, como en otro tiempo á Saulo en el camino de Damasco! ¡hay tantas almas generosas que, si os conocieran, pelearian por Vos contra la Revolucion, y que, por ignorancia, pelean por la revolucion contra Vos! Mostraos á estas almas engañadas como el único Salvador de los individuos y de las sociedades; y haced que, de enemigos de vuestro reinado social, se conviertan en sus apóstoles y defensores. Bastante tiempo há que blasfeman los pueblos vuestro imperio; bastante tiempo há que desconfian de vuestra Iglesia, y la persiguen los reyes: enseñad á los príncipes que serviros es reinar, y á los pueblos que teneros por rey es ser libres. En otro tiempo contemplaron nuestros padres á Europa constituída en república cristiana. ¡Ojalá las futuras generaciones vean pronto al mundo entero postrado á vuestros piés, y sumisas á vuestro Vicario las conciencias todas! porque á Vos, Señor, pertenece «el imperio espiritual sobre toda tribu, toda nacion y toda lengua (2).»

(1) I Tim. VI, 15.
(2) I Par. XXIX, 11; Apoc. V, 9.